

## ANDRÉS DE VALDERRABANO ESCRIBANO REAL, NATURAL DE S. MARTÍN DE VALDEIGLESIAS

Siempre fue mi deseo explicar al pueblo de San Martín los motivos por los que el Ayuntamiento que yo presidía, allá por el año 1954, decidió erigir una estatua que perpetuase el recuerdo entre nosotros del que fue hijo ilustre de esta Villa, el legendario escribano real, que al principio del siglo XVI redactó el acta del descubrimiento e incorporación a la Corona de Castilla, del Mar del Sur. La estatua fue donada por el entonces Presidente de la Diputación de Madrid, Marqués de la Valdavia.

En el libro de Sesiones municipales, quedó constancia del acuerdo con una pequeña reseña de los méritos que justificaban tal acuerdo; pero todo el mundo sabe que muy pocos son los vecinos que se asoman a este Libro, por lo que Andrés de Valderrábano sigue siendo el gran desconocido de nuestro pueblo. Hasta el punto de un grupo de jóvenes hace años se titulaba "Grupo Andrés de Valderrábano" sin que quizá, realmente supiesen armonizar la auténtica dimensión histórica del personaje con el patronazgo del Grupo.

Los dos hechos históricos que agigantan la figura de Valderrábano son fundamentalmente dos: la fortuna de haber encontrado en el camino de las Indias a Vasco Núñez de Balboa, pasando a la historia por los tres documentos que redacta Valderrábano, dando cuenta del avistamiento, conquista y toma de posesión del Mar del Sur en nombre de los Reyes de Castilla D. Fernando y D.<sup>a</sup> Juana, con lo que se demostró que, más allá de las tierras de las Indias Occidentales descubiertas por Colón, había otras tierras y otros mares; un nuevo Océano para unir a la ya dilatada Corona de Castilla; más tierras para cristianizar y, sobre todo, una nueva concepción del mundo y de su dimensión geográfica. El segundo hecho histórico es que por toda recompensa de aquella aventura heroica y arriesgada, fue sentenciado con falsas intrigas, odio y encono, Vasco Núñez de Balboa, por su antiguo suegro, el Gobernador Pedrarias, como "traidor" a la Corona, a la pena de decapitación, extendiéndose la condena hacia sus incondicionales y leales amigos y compañeros de Conquista, Andrés de Valderrábano, Luis Botello, Hernán Muñoz, y Fernando Argüello, habiendo sido también sentenciado a la misma pena, pero dispensada de ella en consideración a su condición de clérigo, Rodrigo Pérez. Balboa murió víctima de la envidia que su fulgurante carrera de Adelantado de fronteras despertaba en el rencoroso y resentido corazón de aquel viejo Gobernador Pedrarias, sin años, sin arrestos y sin las condiciones de caudillaje precisas para competir con Núñez de Balboa. Valderrábano y sus otros tres compañeros de decapitación, morían todavía por mucho menos, tan sólo por ser amigos leales e incondicionales de Balboa; hasta el punto que dice el cronista que al salir de la prisión camino del cadalso, se cruzaron las miradas de Vasco Núñez de Balboa con las de los otros cuatro condenados a muerte y tuvo Balboa el gran consuelo de que en los ojos de los otros cuatro sentenciados, no había el menor reproche a su persona, sino por el contrario, todavía pervivía en ellos el amor y la admiración hacia el heroico y abnegado Capitán.

En la comitiva judiciaria iban los cinco sentenciados a muerte con el ánimo erguido, cual correspondía a hidalgos caballeros de la Conquista. Pizarro mandaba a los soldados de la custodia. Al oír Balboa por el recorrido pregonar que "Esta es la justicia que manda hacer el rey por traidor y usurpador de las tierras de la Corona", dijo: "No he sido traidor al rey, ni le he usurpado sus tierras y señoríos. Siempre fue mi pensamiento acrecentar los señoríos y las tierras del rey".

Y mientras se reflejaban en aquellas aguas azules, purísimas, del Mar del Sur la gloria de España, el clamor popular indignado pensaba: "Porque mueren inculpados, justos mueren. El Señor los acogerá en su seno". Esa fue la gran tragedia de estos hombres, que mientras que sus Conquistas se incorporaron rápidamente al reino de Castilla, sin embargo la justicia no tenía el brazo tan largo como para llegar en su justo momento a la Tierra Firme de las tierras del Istmo de Panamá.

El historiador Majó Framis, dijo de Andrés de Valderrábano, "por encima de todo este hombre fue leal. Se **sabr**á así algún día. Lo fue hasta el final". Esta fue quizá la idea que más me hizo promover el reconocimiento oficial de San Martín hacia este hijo ilustre y esforzado, al que nadie aún había rehabilitado.

ANDRÉS DE VALDERRABANO debió nacer en esta Villa, en la segunda mitad del siglo XV. Se empieza a conocer su existencia a partir de la redacción del Acta de Ocupación del Mar del Sur (Océano Pacífico), cuando él mismo nos dice que era escribano real y natural de San Martín de Valdeiglesias. Quiso asociar el pueblo de su nacimiento a una de las empresas más fundamentales de la Historia de la Conquista de América. Después ya se empezaron a ocupar de él casi todos los historiadores de la aventura americana.

El alistamiento a las expediciones con destino a América, representaba ya de por sí una inquietud, un ansia de aventura y un renunciamiento a la vida fácil y cómoda de un escribano real en aquel entonces, en la vieja España. Valderrábano, cuando encuentra a Núñez de Balboa, ya no es joven. Dice Oviedo en su Historia General de las Indias, que estando ya viviendo Balboa en Santa María de la Antigua, preguntó a sus más allegados quién era "aquel hombre de aires tan respetables" a lo que le contestaron que "se llamaba Andrés de Valderrábanos y era escribano real". Era flaco; un poco corcovado; vestido de negro, como correspondía a los escribanos, con las calzas de soldado y parecía en todo "un cansado Rocinante lleno de glorias y de llagas". Tanto él, como Fernando de Argüello (que también murió decapitado) tenían "falsos alientos de juventud".

Prontamente se hizo gran amigo y tertulio de Balboa, aunque le llamaba "nuestro señor" y "vuestra señoría". Visitaban todas las tardes en la Colonia a Balboa, Valderrábano, Hernández Muñoz, Luis Botello y Bartolomé Hurtado (Tomé). También lo hacían muchos colonos que a última hora de la tarde iban a recoger una mirada y unas palabras del Capitán. Después, en las conquistas, llama a su lado a Valderrábano siempre que hay reunión de Capitanes, porque le había demostrado lealtad, cordura y experiencia.

El no combatía, no era un hombre de armas, pero pasaba los mismos peligros y desventuras. El peligro de muerte por las flechas envenenadas de los indios; el peligro de caer prisionero, soportar los temporales, en donde a veces los navíos desaparecían en el seno del mar como la nave que capitaneaba Valenzuela o el viaje de Alonso de Ojeda en donde se perdieron cerca de seiscientos guerreros en las inclemencias del mar.

Después, el calor sofocante de las tierras del Istmo, las lluvias torrenciales, las tierras movedizas, las fiebres de los pantanos y una larga serie de peligros materiales, como las serpientes, los adormecidos caimanes que despertaban para devorar un soldado; las bandas de tábanos mortíferos, de arañas voladoras, las "characas" (cruels insectos que se pegaban a la piel para chupar la sangre de los caminantes, sin que nunca se sintiesen hartas), ponía a los hombres de Balboa en el límite de la resistencia física, que soportaban con cristiana resignación (¡Alabado sea Dios!) como gran arma psicológica contra las inclemencias y desfallecimientos de cada día. Se avanzaba sólo dos leguas cada jornada.

Quedaban maravillados de la fauna y flora de vivísimos colores que sólo se daba en aquellas selvas brumosas y sofocantes del Istmo. Entre ellas, la más delicada y bella era la flor del Espíritu Santo, que sólo crecía en aquellos parajes. Se trataba de una flor de una blancura extrema, en donde se perfilaba en su copa floral, con toda nitidez la blanca paloma de la que recibió el nombre. La descubrió Cristóbal de León, platero de oficio y botánico de afición, que nos cuenta que estas plantas maravillosas, casi divinas, eran sagradas para los indios, porque representaba el alma de la selva en donde se recogían todos los susurros y suspiros del viento.



Caminaba Balboa de una a otra orilla del Istmo en busca del otro mar que ya había intentado descubrir Rodrigo de Bastida en octubre de 1500, llegando tan sólo al Golfo del Urubá. Balboa llevaba como asesor al cacique de una tribu vencida y que ya por entonces eran amigos; PONCA, quien le sitúa frente a una colina y le dice "desde aquella altura verás el otro mar".

Pero aquellos territorios, que para los indios de Torecha, eran sagrados, sólo tienen acceso los españoles después de una dura batalla en donde es asolado el poblado de Cuarecuá, con seiscientos muertos indios e infinidad de prisioneros, para los que no tenía Balboa suficientes hombres para "ordenarlos" en el cautiverio.

Murió Torecha como consecuencia de las heridas recibidas y manda Balboa que se le rindan honores de Jefe de Tribu, obligando a sus soldados (sólo combatió con cien hombres de guerra) a que respetasen a las mujeres "¡Son criaturas de Dios! Igual honor les haré yo a ellas que a las damas de Castilla", recordándoles a sus soldados "nosotros traemos a esta tierra el Evangelio de Cristo".

La noche del 23 de septiembre de 1513, víspera de la ascensión a la montaña, no pudo dormir Balboa entre emociones y pesadillas. Al día siguiente a las 10 de la mañana se inició el ascenso a la montaña con sólo sesenta y siete hombres, los demás estaban heridos o "tundidos" por el reciente combate.

Quedó el grupo cerca de la cumbre y subió solo Núñez de Balboa con su coraza y cota de malla, el yelmo y el plumado penacho. El sol resplandecía sobre los brillos metálicos de su coraza y su corpulenta figura quedaba engrandecida en aquel momento. Agitaba en señal de júbilo el yelmo y el penacho, cayendo de hinojos en tierra dándole gracias a Dios por el éxito logrado. Desde abajo, sus hombres, rodilla en tierra, entonaban el Te Deum laudamus en acción de gracias.

Sería imposible querer condensar en unas líneas la fabulosa vida y hazañas de la Conquista de Balboa. Nuestro héroe es Valderrábano, seguidor heroico, hasta la muerte, de su Capitán; por tanto nuestra noticia se centra en Valderrábano, que brilló con luz propia en el descubrimiento del Océano Pacífico y de modesto escribano de la Conquista, entró en la historia con la aureola del mártir por fidelidad y lealtad hacia un hombre irrepetible, que además de amigo era su Capitán General y Adelantado de su Majestad Católica el Rey Fernando en tierras del Istmo de Panamá.

Avistado el nuevo Mar, todavía tardaría el grupo expedicionario tres días en descender hasta las aguas del Golfo de San Miguel, así llamado por los Conquistadores, porque alcanzaron sus orillas el 29 de septiembre, festividad del Arcángel.

Entonces fue cuando Balboa, vestido de Capitán General, con yelmo, banda y cota; con el estandarte real en la mano derecha, portando las Armas de Castilla en el anverso y la imagen de María Santísima con el Niño en el reverso y asiendo la espada desnuda en la siniestra, penetró con sus hombres en las aguas de aquel Mar del Sur, hasta que el nivel de las mismas les alcanzó las rodillas y en voz alta dijo: "Vivan los altos e poderosos monarcas D. Fernando y D.<sup>a</sup> Juana, en cuyo nombre e por la Corona Real de Castilla tomo e aprehendo la posición real e corporales de todos sus mares e tierras...", vinculándolo al "real patrimonio e agora e en todo tiempo en tanto quel mundo durase hasta el universal final juicio de los mortales".

Mientras tanto, algunos soldados grababan la Cruz en las cortezas de los corpulentos árboles de la selva, así como las singlas de reyes de Castilla. Otros colocaron una picuda piedra de doce varas de lado y base por siete de altura, para que fuese testigo permanente de aquella hazaña imperecedera.

Valderrábano se aprestaba a redactar los tres testimonios escritos del descubrimiento y posesión. Los tres escritos aparecen incorporados a la Historia General de Oviedo y de allí han pasado a todas las Historias de España y América, con lo cual entraron en la Historia hermanados Balboa y Valderrábano. La muerte los dejó definitivamente hermanados hasta el juicio de los mortales, como dijo en este acto solemne Balboa.

El acta de Valderrábano, dice así: "Los caballeros y hidalgos y hombres de bien que se hallaron en el descubrimiento del mar del Sur con el magnífico y muy noble señor capitán Vasco Núñez de Balboa, Gobernador por sus altezas en la Tierra Firme, son los siguientes: Primeramente el señor Vasco Núñez, y él fué el primero de todos que vió aquella mar e la enseñó a los infrascritos; Andrés de Vera, clérigo, Francisco Pizarro, Diego de Albitez... y Andrés de Valderrábano, escribano de sus altezas en la Corte y en todos sus reinos y señoríos que estuve presente e doy fé de ello y digo que son todos sesenta y siete hombres estos primeros cristianos que vieron la mar del Sur, con los cuales yo me hallé e cuento por uno de ellos".

Según Oviedo, en su Historia General de Indias, a sus manos fueron a parar todos los escritos de Valderrábano, después de decapitado por orden del Emperador. El escrito decía: "Diré aquí quienes fueron los que se hallaron en este descubrimiento con el capitán Vasco Núñez, porque fue servicio muy señalado y es paso muy notable para estas historias pues que fueron los cristianos que primero vieron aquella mar, según daba fé de ello Andrés de Valderrábano, que allí se halló, escribano real e natural de San Martín de Valdeiglesias, el cual testimonio yo ví allí y él mismo escribano me lo enseñó y después, cuando murió Vasco Núñez, murió aqueste también con él y también vinieron sus escrituras a mi poder.

El segundo testimonio de nuestro escribano decía así:

"E fechos sus autos y protestaciones convenientes, obligándose a lo defender en el dicho nombre con la espada en la mano, así en el mar como en la tierra contra todas e cualquiera personas, pidiólo por testimonio".

"E todos los que allí se hallaban respondieron al capitán Vasco Núñez que ellos eran, como él, servidores de los reyes de Castilla e de León, y eran sus naturales vasallos y estaban prestos e aparejados para defender lo mismo que su capitán decía, e morir si conveniese sobre ello, contra todos los reyes e príncipes e personas del mundo e pidieronle por testimonio: e los que allí se hallaban son los siguientes (aquí cita a los veintiséis asistentes, empezando por Vasco Núñez de Balboa y terminando por él). Terminada la ceremonia, probaron el agua, todos los asistentes, para ver si también era salada como la del Mar del Norte, y comprobándolo así "dieron infinitas gracias a Dios por ello". El ritual de probar el agua era fundamental para poder asegurar que lo recién descubierto era un nuevo Océano y no un lago de agua dulce. Después este mismo ritual se repetiría el 29 de octubre, con el descubrimiento y toma de posesión de las Islas de las Perlas, en el mar de las Perlas, que ellos bautizaron con el nombre de Golfo de San Simón.

Desde finales del 1513, que fue el año del gran descubrimiento, hasta su ocaso en el cadalso, cortada la cabeza y afrentosamente exhibida en lo alto de un palo, pasaron tan sólo cuatro fecundos años de descubrimientos menores, de consolidación de la amistad surgida entre españoles e indios, de fundar poblados, colonizar la tierra y entre otras realidades, la fundación de la Ciudad de Acla.

Mientras tanto estaba preparando Balboa la expedición y conquista del Perú, la tierra de los tesoros y el oro, de la que tanto había oído hablar. Tenía ya cuatro soberbias naves, así como hombres dispuestos para la conquista.

Cuando el Gobernador Pedrarias le llamó, es advertido de la suerte que le esperaba; pero él, que pudo huir para no afrontar el peligro, acude a la cita por ser un problema de honor y de conciencia; además, sus cinco incondicionales amigos ya están presos antes que él. Pedrarias enloquecido de celos, va urdiendo la trama de su taimada venganza. Condena a muerte a un Gobernador, Adelantado y Capitán General sin la prevista apelación del supuesto reo ante el Consejo de Indias, ni ante el Rey, que, en definitiva era quien le había otorgado todos aquellos títulos. Si así se procedía contra Balboa, ¿qué podían esperar Valderrábano y sus otros compañeros?

Creo que valía la pena explicar al pueblo de San Martín de Valdeiglesias todo esto y que el mejor medio de difusión, era el pregón de estas próximas fiestas, por lo que quedamos muy reconocidos a los que nos han dado la oportunidad de llevar hasta vosotros esta noticia.

Dr. Augusto PEREIRA MARTINEZ DE ABARIA